



Bye-Bye Carbon Gossip

“¿Quién soy?”

Esta es la historia de una flor capaz de escuchar el origen del origen del universo. Tan profundos y etéreos eran los filamentos de su carnosos tímpano rojo, que lograba atravesar el espacio-tiempo en todas sus direcciones y narrativas, llegando a escuchar, en la profundidad de su propio silencio, los latidos de un corazón imaginado.

—

Un día sin hora
de un mes sin nombre
y un año sin números
una lombriz perdida se acercó y le preguntó a la flor:

“¿Eres una flor o eres una obra?”

En silencio, la flor respondió su pregunta regalándole una caricia. Tan lentamente recorrió su espalda con la yema de sus hojas, que la lombriz se entregó a un profundo estado eterno de paz y silencio. Como un largo y marrón clavo chueco, extendió su espalda sobre la tierra húmeda, cerró su ojo mental y durmió.

Al volver en sí,
era ahora una radiante nube.

Lloviendo desde la altura,
vio como su rocío regaba la flor.
Habiendo perdido el momento de su propia disipación,
ni notó que había muerto.

Ahora re-encarnada, cuál carnada
en un azulado anzuelo, llamado Cielo.

Todo había ocurrido de manera muy natural.
Al correrse el rumor de lo acontecido
desde los más remotos rincones del mundo,
llegaron todo tipo de animales e insectos a fin de hacerle una pregunta a la flor.

“¿Quién soy?”

Preguntó un colibrí esa tarde a la flor en pleno vuelo.
Metiendo sus hojas por entre sus plumas tornasoladas
la flor respondió con un silencio acariciándolo.
Colibrí se estremeció de placer
y desplomose al piso pesado en un espasmo espiritual.
Al despertar,
con lágrimas en los ojos, recordó una voz que le dijo:

“Ven a nuestro templo, si ya no deseas el aleteo de tu pensar”
Ya no deseaba aletear.

A pie, Colibrí inició una peregrinación en búsqueda del templo ubicado en un paisaje sin país. Guiado por la trascendental caricia de la intuición.

Al llegar, para su sorpresa, descubrió que en el templo vivían tortugas clarividentes que inhalaban y exhalaban una sola vez a lo largo de sus vidas.

En las puertas del monasterio las tortugas lo esperaban con tijeras y espuma de barbero. Sin dudarlo, lo afeitaron completamente, cejas incluidas, dejando solo un pilincho para tapar sus vergüenzas. A modo de bienvenida, le entregaron una lechuga con un hilo cual collar. Para leer y solo leer. Esta sería su única posesión material. Las tortugas leían la lechuga todas las noches en la más profunda reclusión de su caparazón.

Colibrí estaba a cargo de preparar el desayuno para todas. Se levantaba a las 3 am y amasaba una crema de manzanas verdes que tenía la consistencia de una melaza pegajosa que instantáneamente se oxidaba como un hierro bajo el mar. Las tortugas amaban esta compota de manzana.

Él podía ver por entre las comisuras de sus labios una pequeña sonrisita que dejaban escapar con vergüenza para luego volver a una mirada monástica.
Además, acompañaba la compota con un jugo de zanahoria que tamizaba con un tejido de lino en un cuenco de cobre.

La lechuga era sagrada y se cultivaba en un patio interno del templo.
Las tortugas dedicaban su vida a reflexionar sobre la superación del deseo para alcanzar la comunión cósmica con la divinidad y así, romper el karma de cargar el mundo a sus espaldas entre cascadas y galaxias. Durante el invierno, Colibrí recibió de regalo una manta de lana tejida entre todas las tortugas. Bordada con hilo dorado, tenía una leyenda que decía:

“La mente no existe”

Hacia alusión a que,
la naturaleza de la mente es el pensamiento,
por lo cual, una mente sin pensamiento deja de existir, llevándose consigo la
subjetividad del mundo. Además, entre paréntesis en letra diminuta habían agregado:

“El frío es imaginación”

Sin embargo, Colibrí seguía teniendo días en los que lo ganaba el frío de sus dudas.
Esos días visitaba a Swami Tortuganandana a cargo del monasterio. Swami tenía 422
años y era el monje más longevo de la congregación. Durante una de sus visitas,
Swami se tiró un pedo tan pero tan fuerte que rompió la estatuilla de Swami
Pintadanandana, el fundador del monasterio y última tortuga Pinta del mundo,
ubicada a seis metros de distancia. La habitación quedó cubierta de ceniza de
sahumerio.

“La compota fermentó”

le dijo con sus ojos sin hablar. Colibrí salió a caminar por el bosque para sacudirse la
ceniza y soltar la risa. Al final del sendero frondoso había una pequeña colina de pasto
sagrado. Al recostarse en el pasto para descansar, soltó una risita y vio una nube larga
que parecía un clavo-lombriz.

¡PAFF!

La nube sin pausa lo empapó en la lluvia de una nueva epifanía.
Sintió una luz expandirse desde el punto más profundo de su ser a todo su cuerpo y
más allá de sus límites físicos. Era uno con todo y a su vez la nada misma. Uno de sus
ojos se transformó en pájaro volando hasta perderse en la altura de las nubes.

Desde el cielo, se observó a sí mismo; rapado, lleno de ceniza, recostado en el pasto
con sus sandalias franciscanas hechas de sorbetes encontrados, pensó:

“Las nubes son mis plumas, Cielo soy tú”

Una lágrima salada cayó por su mejilla con la emoción de sentir que nuevamente
volaba en un océano de pomposas olas blancas. Sin dudar un instante, al regresar al
monaste-rio, pidió sus plumas con determinación, inflando de orgullo su pechito
pelado.

¡Él no era tortuga!

Qué gran confusión,
todos rieron sin sonido.
Las tortugas estaban esperando que llegase este día.
El tiempo chasqueó sus dedos

Colibrí voló en un destello por una ventana.
Las tortugas volvieron a sus meditaciones y a la
clausura.

Tan confundida
estaba la confusión esa tarde
que aclaraba.

¡Que vueltas da Misterio!
Sin querer queriendo,
todo lo resuelve
sin pedir nada a cambio

Volvamos a la flor:

Recibía al sinfín de animalitos peregrinos
en búsqueda del abandono de las formas.

Las mariposas monjas se organizaron al cuidado de la ciega flor.
Tan transformadora era la experiencia de preguntar a la flor, que largas filas se
formaron durante meses, esperando hacer contacto con un
silencio que todo contenía.

Todos fueron recibidos

uno a uno

día y noche

estación tras estación

año tras año

para entregarse a la iluminada paz

de una caricia que todo transformaba.

II

Universo: Estoy

Flor: <si> sin Mayúscula. Salto guión <EJECUTAR.Estoy

Universo: Existís en mí. Comando <EJECUTAR

Flor: Ya lo sé. Repito<si>

Universo: NO existimos. Falso Negativo. ENTER <EJECUTAR

Flor: Ya lo sé. Soy tú, TÚ. Fotosíntesis. SHIFT, COMPOST.LUZ

Universo: ¿Password?

Flor: El pincel es la llave del cuadro

Universo: Estoy adentro, tuyo. Proposición: antes de <compostarte>

Flor: Estoy. Llegada de humanos <?> Acepto <EJECUTAR//

Universo: SI> Acepto. Lombrices. Programa HUMA-NO Simulación//

Flor: Necesito saludarte. Ingresa en mi: lámeme mi tímpano. ¿Clave?

Universo: El ojo no se ve a sí mismo. CLAVE. Soy abeja. Shift_

Flor: Ok. Estoy. Soy TU abeja. Toma mi lugar.

{OOOOO RR GG AA SSSSSS MM OOOOO }Código >>

Universo: soy flor ahora. Guión bajo: {Ejecutar acción: BESO

Flor: Yo-tú, TÚ. cosmos. Espejo_ Circular.

Repetir. EJECUTAR / Simulación:

Universo: Estoy_ENTER/Polinizada}

Flor: Estoy_ENTER/ Polinizada}

Universo: Variable real, Procedimiento. Eliminación de texto tallo;

Flor: ORGASMO/A.b.e.j.a. Variable 2:< cambio sintaxis. Pistilo amarillo-

Universo: {abro polinización} cierro "NAME VALUE"

Flor: Cambio de sexo del texto. Fuente

{Origen} Tipografía < >Pétalo. O

Universo: <Compost.

Repetir, COMAND: {COMPOST HUMAN}>

Flor: COMPOST. <Fin de Secuencia>

Universo: <FIN> ENTER

“Bye Bye Carbon Gossip”

A medida que la obra Oído Vegetal fue enraizándose en su entorno guatemalteco, pocos imaginaron que sin explicación alguna, la obra tomaría conciencia de sí misma. Como el despertar de un animal celeste que baja desde su constelación al mundo terrenal, atrajo a su tallo todo tipo de personas especializadas en doctrinas biósóficas. La flor representaba el despertar de una conciencia vegetal y una fuente infinita de cosmo-visiones políticas, literalmente enraizadas en un ser que piensa con la piel y gobierna con ecuanimidad en la Tierra.

Permaescultores de distintas partes de Guatemala acamparon a su alrededor y comenzaron a crear a mano pelada un andamio a modo de tutor por el que se podía trepar mediante escalones de barro que circunvalaban la flor como una serpentina de adobe y paja. Se creó un consejo para la toma de decisiones, basado en el estudio del tallo de la flor. Las hojas secas se recolectaban para hacer pulpa de papel imprenta destinado a un periódico semanal con todo tipo de poema-notas a fin de recaudar fondos para el monitoreo de su crecimiento. Esta duplicaba su tamaño durante la noche. Grandilocuentemente el periódico se titulaba “Babel Vegetal; ser flor hoy”.

La flor atrajo a los pies de su campamento un sin fin de cosmólogos y astrólogos. Su escucha de silencio absoluto permitía que su cloquea interna, al igual que un tímpano telescópico de filamentos vivos, captara las primeras arrugas del espacio tiempo en su membrana auditiva, llegando a capturar cual telaraña cuántica, los primeros segundos del Big Bang. El gobierno de Guatemala emitió visas COMPOST para atraer inversionistas extranjeros para su preservación. A cambio se les daba carta blanca para construir cadenas de hotelería de baños secos a sus alrededores.

Nadie sabía cuán grande terminaría siendo. Su capacidad de generar electricidad fotosintética era tal que una central eléctrica se construyó a 6 kilómetros de su base alimentando a la totalidad del pueblo de Antigua. El famoso Templo de Dios, ubicado a 15 kilómetros de la flor, comenzó a funcionar como Holiday Inn, hospedando peregrinos que llegaban desde distintos rincones del mundo a rezar por el cuidado divino de “La Iluminada”.

Una arquitecta chilena ganó un concurso para insertar cubos de madera entre los tallos de la embajadora vegetal. Actuando como formas negativas, los cubos permitían generar espacios naturales habitables, expansores, que se removían con exhaustivo cuidado dejando su contra forma vacía.

Con el pasar de los meses, los expansores dieron forma a halls, los halls dieron forma a pasillos, los pasillos a escaleras, las escaleras a centros culturales, barrios cerrados,

espacios de recreación, shoppings, escuelas, edificios gubernamentales, calles y hasta un estadio olímpico con frondosas piscinas techadas. Extendiéndose por encima de las nubes como un fibroso músculo verde, un sin fin de pasillos naturales conectaban estos espacios aledaños al tallo. Por la tarde, desde el interior de las cavidades axonométricas, se podía ver el sol caer creando una atmósfera sacralizada de dorados amarillos y tonos verdesmeraldas.

La flor en su generosidad mesiánica daba acceso a huertas cornucópicas y letrinas con forma de orejas en donde el desecho humano caía dentro de su oído, transformándolo en una miel-cera comestible. Todo crecía exponencialmente. Ya no hacía falta bajar al mundo. Como un arca flotando en la inmensidad de las nubes ingravidas, la flor proveía a todos sus habitantes de comida, agua, luz natural, electricidad y un gobierno Vertical-Ecohorizontal elegido mediante un juego en donde nubes agenciadas utilizaban un sistema de lotería para seleccionar a sus próximos gobernantes. No había jerarquías. Al igual que el “tiempo”, el “azar” era un concepto del pasado.

Tal era la atmósfera y energía dentro de la flor que el tiempo lineal pasó al olvido, brotando una percepción temporal arboloidal de anillos que se expandían desde un punto relativo del ser a la totalidad de su universo. Cada habitante poseía un tiempo anilloidal único y relativo a su ubicación espacial. El tiempo germinaba en todas las direcciones. Cada huso horario personal actuaba como token o yema dactilar en el documento de identidad vivo: D>I>V.

D>I>V dio lugar a un sin fin de terapias circulares que permitían liberar suavemente memoria estancada. El secreto consistía en concentrarse en el control de la liberación de monóxido de carbono, considerado el pegamento de la memoria al tiempo. Se diseñaron cuartos con gradas para que, durante el atardecer, los habitantes fueran a soltar memoria rancia, imaginando anillos de humo denso que exhalaban por la boca imitando un pez que fuma fuera del agua. Todos querían ser planta, comer por la piel, no moverse, olvidar su pasado y soltar los órganos.

Un bioescritor de ciencia-delirio se insertó quirúrgicamente una rama en el cráneo. No se levantó durante meses de un sillón de cerámica roja mientras el brote en cámara lenta echaba raíces en su corteza cerebral que recubría sus lóbulos frontales como una trepadora. Solo podía escribir Si y No. Era el primer escritor-planta. Aunque muchos psicólogos analizaban su obra hurgando dinámicas personales, los fanáticos más radicales veneraban su estado de iluminación vegetal y el acto sacrificial del primer humano que lo-soltó-todo. Era el inicio de una etapa eco-trans-humanista radical que, en su síntesis extravagante, a muchos asustó.

Con el pasar de las décadas los cuerpos de aquellos que morían sin haber nunca caminado el mundo eran bajados por medio de lianas a la base ubicada a kilómetros de la flor. Los sin vida eran compostados para alimentar un sin fin de raíces que se

extendían miles de kilómetros por debajo del océano Atlántico y el océano Pacífico. En aquel entonces la idea Tesleana de una red eléctrica basada en raíces, fue bien recibida por todos los tecnócratas. Sin embargo, en cuanto se conectaron los primeros electrodos, el proyecto fue boicoteado. El tallo de la flor desarrolló un decaimiento milimétrico monitoreado día y noche por un grupo de geólogos bizcos de M.I.T. que tenían tatuadas imágenes de piedras en la frente. Los tatuajes actuaban a modo de carta astral. Compartir su ancestro mineral era clave para no repetir errores químicos en el día a día y sobre todo hacer match con personas de una misma era karma-geológica.

Al llegar a la base de la flor, los cuerpos de los sin vida era cortados en cubos de 10 cm por 10 cm y enterrados de manera simétrica y equidistante en la profundidad de las raíces mediante túneles. La descomposición controlada de los cubos atraía lombrices suficientes para alimentar la flor por los siguientes 200 años. Volver a la raíz permitía a los sin vida ascender al cielo en forma de flor.

Durante una de las sesiones psicoanalíticas anilloidales, Helecha, una mujer embarazada rompió bolsa gritando “Doy a LUZ!! - LUZ a doy!!” Todos, incluido el psicopedagogo, estaban sumergidos en un denso estado de trance circular: desnudos y con los pies en sus bocas, cada pensamiento que emergía debía regresar a su punto inicial.

Al oír el grito, el grupo se integró en sí mismo, tomando conciencia de lo que ocurría. Comenzaron a asistir emocionalmente a Helecha hablándole con suavidad. “Helecha, acá estamos todos para cuidarte y recibir a la criatura, relájate, suelta el aire por la boca = boca la por aire el suelta, relájate, criatura la a recibir y cuidarte para todos estamos acá, Helecha”. Hablaban en un bumerán lingüístico. Todo debía regresar a su fuente para reciclarse, de A a B y de nuevo de B a A. Helecha gritó con toda su fuerza y, para sorpresa de todos, dio a luz una semilla. El grupo estaba en éxtasis. Helecha se desmayó y se dió la cabeza contra un escalón con un golpe seco. TUC. La mandíbula del psicopedagogo perplejo cayó lentamente, soltando baba de tesis. Se recuperó en seguida, envolvió la semilla con una manta y se la entregó al padre que lloraba conmovido. Todos hicieron silencio. Helecha se recompuso. Aplausos. Esa tarde la foto de la semilla en la incubadora de tierra dio cien vueltas al globo, dando inicio a una nueva etapa histórica.

El aire cristalino que la flor emanaba era tal que la hiper oxigenación mental disolvía la frontera de lo posible. El oxígeno prístino de la flor sumado a las sesiones circulares otorgó a los psico-savia-pedagogos, el poder de transformar el mundo desde el epicentro del ser.

Durante una conferencia se clarificó públicamente que los dibujos primitivos de visones, cacerías y galaxias espiraladas plasmados en cavernas prehistóricas no habían sido creados por artistas, sino por científicos prehistóricos. Académicos de las cavernas. Se remarcó públicamente que la ciencia era mitológica y subjetiva, y nunca había

dejado de serlo. El colapso de “lo real” en las sesiones circulares, permitió quitarle a la ciencia su autoridad objetiva para decapitar toda fantasía, ahora agente sin límites y libre de sistemas de auto confirmación. La ciencia había sido derrocada, y se la veía ahora como un emoticon rupestre dibujado en las paredes de una caverna calcificada y arcaica; el cráneo. Corporizando la alegoría de la caverna inició lentamente su procesión a un lento desaparecer junto con el resto de los huesos con el correr de los años. Era el fin del esqueleto y un lento camino a deshuesarse.

En una de las sesiones circulares más célebres, uno de los pedagogos pidió a sus pacientes que, como las entidades vegetales que coexisten simbióticamente con otras especies, el grupo también buscara entrelazarse con otros habitantes para hallar su simbiosis emocional ideal. Tocándose con la punta de los dedos en la oscuridad, tres seres se amalgamaron con tanta fuerza que decidieron no volver a desenlazar su nodo amoroso. Con el tiempo llegaron a compartir órganos reproductores, un único sistema nervioso y se mudaron juntos.

Al igual que los injertos en las plantas, las personas se insertaban unos dentro de otros. Fue el origen del Floreanus injertus que rápidamente se multiplicaba sin límites en cada oportunidad posible. Todos tenían sexo con todos en un constante kamasutra vegetal de trascendencia multi orgásmica.

Etapa tupida, exuberante y de transmutación ilimitada. Un lenguaje nuevo era necesario a fin de limitar lo ilimitado. Era necesario “podar” la fantasía reproductora del lenguaje en formas presentables, como lo haría un jardinero de la lengua. Se creó con urgencia un consejo lingüístico de Floreanus injertus del interior, a los cuales no les daba el sol. El consejo se enfocó en explorar la respiración. Ese mismo mes se presentó públicamente un lenguaje a-sonoro, basado en exhalaciones de monóxido de carbono mínimas e intermitentes que encausaban la fantasía ilimitada en un sentido de comunidad. La meta era simple; el habla dejaba huellas carbónicas. Fue el fin del lenguaje circular. De repente, las sesiones anilloidales eran arcaicas como las macetas.

Los pensamientos abstractos fueron gradualmente reducidos a impulsos orgánicos primarios. Con soltar mínimas exhalaciones de monóxido de carbono, los habitantes podían entender mensajes susurrados en el aire colectivo mediante la sensibilidad de sus poros violáceos. El aire se convirtió en una Net abierta llena de mensajes susurrados. Era ético limitar los mensajes y reducir al mínimo el monóxido de carbono generado por conversaciones existenciales o búsquedas personales egocéntricas. Un cartel del consulado de comunicaciones colocado en una rama anunciaba: “Bye Bye Carbon Gossip”.

Después de cambiar de sexo en tres ocasiones, la flor entraba en su etapa adolescente. Sus ciudadanos ya eran 81% vegetal. Una tarde, formando un anillo con sus ramas, las nubes, como leones blanco-blandos de circo, saltaron una a una en un juego que les recordaba sin saber por qué a un anillo de fuego

A medida que el aire de la mente y la memoria colectiva fueron limpiándose hasta llegar a lo más primordial de lo primordial, los Floreanus hiperoxigenados dejaron de tener sueños durante la noche, lo cual anunciaba la caída del inconsciente colectivo-individual. Comenzaron a largar raíces como pelitos por las plantas de sus pies invertebrados. No soñar o estar despierto; vaciarse de estos dos estados del mundo era el último eslabón para enraizarse pacíficamente en un solo sitio y exhalar e inhalar mensajes útiles a la flor, dando fin a la individualidad del movimiento. En ese acto final los Floreanus se entregaron a la naturaleza de ser la flor divina a través de las plantas de sus pies.

Como un antepasado lejano, la utopía inicial de convertir a la flor en una ciudad futurista, habitada por un lenguaje psicoanalítico circular, arquitecturas romboidales y gobiernos inocentes, se marchitó en el compost del olvido.

Todo fue olvidado. Los Floreanus injertus se multiplicaron de forma exponencial como hojitas prístinas llenas de vida y dieron lugar a más brotes, y así sucesivamente en la eternidad de la eternidad.

Llegando a perderse
en la omnipresencia de un profundo estar,
dejó caer su flor-cabeza a la tierra,
inhaló y dio un giro estelar parándose de cabeza.

Así elevó y estiró sus raíces

a la infinidad de las estrellas
en búsqueda de una

fotosíntesis
astral